



IV JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario
15 de noviembre de 2020

Tiende tu mano al pobre (cf. Si 7, 32)

Subsidio litúrgico

Con mandato o permiso del ordinario del lugar, puede decirse la misa «por el progreso de los pueblos» que se ofrece a continuación (Misal Romano, misas y oraciones por diversas necesidades, nº 29, pp. 1041-1042).

Antífona de entrada 1 Jn 3, 17

Si uno tiene bienes del mundo y, viendo a su hermano en necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios?

Monición de entrada

Hermanos:

Nos hemos reunido para participar en la Eucaristía en este domingo trigésimo tercero del tiempo ordinario, en el que desde hace ya cuatro años celebramos también la Jornada Mundial de los Pobres. Esta Jornada fue instituida por el papa Francisco como una llamada a poner nuestra mirada en lo esencial y superar las barreras de la indiferencia hacia los pobres y los que sufren.

En la eucaristía se acrecienta nuestra comunión con Dios y, por consiguiente, con los hermanos. Por eso, esta celebración, fuente y culmen de la vida de la Iglesia y manantial de gracia, nos ayudará en la tarea de suscitar signos y acciones concretas que nos hagan poner la mirada en los pobres y tender una mano hacia ellos, tanto a nivel personal como social y comunitario.

Desde la fe, y con la fuerza del Espíritu que aquí se nos comunica, es como podremos realizar gestos que dan sentido a nuestra vida, signos de proximidad, solidaridad y amor que tienen su origen en Dios y que se convertirán, con su ayuda, en acciones concretas, que no deben ser la excepción por celebrarse esta Jornada, sino que realmente sean parte esencial de la vida cotidiana de la Iglesia y los cristianos, haciéndonos así corresponsables de quienes comparten nuestra vida y nuestro camino, llevando las cargas de los más débiles, superando la indiferencia y el cinismo.

La parábola de los talentos, que hoy escucharemos en el evangelio, nos recuerda la importancia de llevar a la vida el don precioso que aquí celebramos y recibimos, permaneciendo fieles para entrar, juntos, en el gozo del Señor.

Acto penitencial

— *Defensor de los pobres: Señor, ten piedad.*

R. *Señor, ten piedad.*

— *Refugio de los débiles: Cristo, ten piedad.*

R. *Cristo, ten piedad.*

— *Esperanza de los pecadores: Señor, ten piedad.*

R. *Señor, ten piedad.*

Oración colecta

Oh, Dios,
que has dado a todos los pueblos la misma procedencia,
y quisiste, con ellos, reunir en ti una sola familia,
llena los corazones de todos con el fuego de tu amor
y enciéndelos con el deseo del progreso justo de sus hermanos,
para que, con los bienes que generosamente repartes entre todos,
cada uno alcance la plenitud humana como persona,
y, suprimida toda discriminación,
se afirmen en el mundo la igualdad y la justicia.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Oración de los fieles

Oremos al Señor, nuestro Dios. Él distribuye sus dones entre nosotros y escucha el clamor de los pobres.

- Para que la Iglesia haga fructificar el tesoro de los valores que Cristo ha depositado en ella. Roguemos al Señor.
- Para que los que tienen autoridad en las naciones hagan de nuestro mundo un lugar de paz y justicia. Roguemos al Señor.
- Para que los enfermos terminales y los que sienten cercana la muerte puedan experimentar la paz del Señor y el cariño de sus familiares y amigos. Roguemos al Señor.
- Para que los que están en desempleo, los enfermos, los que carecen de cultura y formación, los que viven solos, los que no tienen alimentos o agua potable, los que no tienen un hogar digno, los que han tenido que migrar, encuentren en la Iglesia y en cada cristiano una mano tendida a su pobreza y sufrimiento. Roguemos al Señor.
- Para que las instituciones de caridad de la Iglesia y todos los que forman parte de ellas encuentren en la Palabra de Dios inspiración para abrir nuevos horizontes de proximidad, solidaridad y amor para con los pobres, y en la eucaristía la fuerza para llevarlos a cabo en acciones concretas. Roguemos al Señor.

- Para que no caigamos en la tentación de la pereza, la rutina, el inmovilismo, el adocenamiento, y pongamos en rendimiento los dones recibidos de Dios en el servicio a todos. Roguemos al Señor.

Escucha, Dios de misericordia, la oración de quien tenemos puesta nuestra confianza sólo en ti, y haznos cada día testigos creíbles de tu generosidad para con los pobres y los que sufren. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Oración sobre las ofrendas

Señor, escucha, misericordioso,
las súplicas de los que te invocan,
y, al aceptar la oblación de tu Iglesia,
haz que todos los hombres
se llenen del espíritu de los hijos de Dios,
de manera que, superadas las desigualdades por el amor,
se forme en tu paz la familia de los pueblos.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio común VIII «Jesús, buen Samaritano» (Misal Romano, p. 515).

Antífona de comunión Cf. Sal 103, 13-15

La tierra se sacia de tu acción fecunda, Señor: sacas pan de los campos y vino que alegra el corazón de los hombres.

O bien: Cf. Lc 11, 9

Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá, dice el Señor.

Oración después de la comunión

Alimentados con un solo pan
con el que renuevas siempre a la familia humana,
te pedimos, Señor,
al participar del sacramento de la unidad,
que obtengamos un amor fuerte y generoso,
para ayudar a los pueblos en vías de desarrollo
y realizar, en la caridad, la obra de la justicia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

GUIÓN PARA LA HOMILIA

Desarrollar nuestros talentos

Celebramos la IV Jornada Mundial de los Pobres en un contexto marcado por la pandemia de la COVID-19, que está asolando nuestro mundo. Una Jornada que, con el lema «Tiende tu mano al pobre», es una llamada a cargar con los más débiles y los más golpeados por esta crisis.

La Palabra de Dios nos invita a una actitud activa en la vivencia de nuestra fe. Jesús nos interpela a desarrollar los talentos que el Padre nos ha regalado para crecer como personas y mejorar nuestro mundo.

Todos convocados a colaborar y a rendir cuentas

El cristiano no es indiferente ante la situación que está viviendo nuestro mundo y ante los que más sufren sus consecuencias; al contrario, la contempla como el escenario donde Dios se hace presente para aliviar, sanar y consolar, y donde nos invita a colaborar con Él en la extensión del reino de Dios.

Si bien Dios es el que hace posible que el Reino crezca y se desarrolle misteriosamente, no nos exime de aportar el fruto de nuestros talentos y de tender nuestras manos en favor de los que sufren. Todos hemos sido convocados a colaborar. De ahí, el deber de rendirle cuentas. Debemos preguntarnos si nos hemos comprometido suficientemente, si hemos tendido las manos o la hemos guardado en el bolsillo, pasando indiferentes ante el dolor de los hermanos. Es tentador vivir sin comprometerse en nada que pueda complicar la vida, defendiendo el propio bienestar; sin embargo, esa es la mejor forma de vivir una vida estéril y sin horizontes.

«Tender las manos al pobre es una invitación a la responsabilidad y al compromiso», y es una ayuda a descubrir que dentro de cada uno existe la capacidad de realizar gestos que den sentido a la vida. Tender las manos no es algo opcional, sino expresión de la autenticidad de nuestra fe y la verificación de nuestra oración. Como dice el papa, oración y solidaridad son inseparables y ambas configuran el auténtico culto agradable al Padre.

Los pobres esperan nuestras manos

No valen excusas ante el grito, a veces silencioso, de tantos hermanos empobrecidos. «La opción por dedicarse a los pobres y atender a sus muchas y variadas necesidades no puede estar condicionada por el tiempo a disposición, o por intereses privados, ni por proyectos pastorales o sociales desencarnados». Enfermos, ancianos, migrantes, pobres y excluidos esperan nuestras manos para mostrarles con gestos concretos el rostro misericordioso de Dios. Todo ser humano que sufre interpela nuestra fe y nos compromete a favor de una sociedad más justa. «La misma comunidad cristiana está llamada a involucrarse en esta experiencia de compartir y no puede delegarla a otros». El clamor de tantos pobres, por tanto, «debe encontrar al Pueblo de Dios en primera línea para darles voz, defenderlos y solidarizarse con ellos».

Una advertencia: puede ser que pongamos los talentos al servicio de la propia auto-realización y que «en lugar de servir nos pongamos siempre primeros». Cuando vivimos «auto-referenciados» y lo propio está por delante y por encima de las necesidades de los demás, las lágrimas del prójimo pasan inadvertidas y «nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros».

Tender la mano es un signo evangélico que nos recuerda inmediatamente la proximidad, la solidaridad y el amor. En medio de esta pandemia, hemos de reconocer y agradecer todas «esas manos que han desafiado el contagio y el miedo para dar apoyo y consuelo».